



Construir un mundo habitable en ambientes alejados de la cultura escrita con la ayuda de la literatura: un ejemplo argentino

Michèle Petit¹

Francia

Quisiera decir unas palabras para rendir homenaje a los centros de promoción de la lectura, recordando que lo que está en juego con el trabajo que están realizando muchos de ellos va más allá de facilitar la apropiación de la cultura escrita (o mejor dicho de las culturas de lo escrito, en términos de Emilia Ferreiro). En algunos contextos, se trata de hacer el mundo un poco más habitable, nada menos.

En los últimos años, me he dedicado a estudiar talleres centrados en la lectura en espacios en crisis², particularmente en América latina –lo comenté en el Congreso IBBY de Copenhague, en 2008. Se proponen estos talleres a personas que han experimentado un exilio más o menos forzado, a jóvenes desvinculados de las filas de la guerrilla o de grupos paramilitares, a drogadictos que viven en la calle, niños víctimas de la violencia doméstica que se encuentran en un albergue, jóvenes detenidos, etc.: una inmensa mayoría, como diría Carmen Barvo. Todos han vivido muy alejados de los libros, ya que provienen de medios pobres, marginalizados, y de culturas dominadas. Y para la mayoría de ellos, la relación con los lugares fue rota o gravemente alterada –que se trate de personas desplazadas que perdieron su casa así como los paisajes en los cuales se desarrollaba su vida y fueron arrojadas a las carreteras, o de poblaciones afectadas por un desastre natural, o de los que viven en viviendas precarias en la periferia de las ciudades, o en la cárcel, o en un hogar. Muchos de ellos, literalmente, no saben dónde colocarse, están “fuera de lugar”.

Sin embargo la lectura, esta actividad tan compleja, se revela particularmente efectiva para que el espacio se vuelva un poco más habitable, para que puedan encontrar un lugar. Les daré un ejemplo, en Argentina.

¹ Antropóloga e investigadora del Centre National de la Recherche Scientifique de la Universidad de Paris, especialista en la lectura en espacios en crisis.

² Véase *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, Barcelone/Mexico: Ed. Océano Travesía, 2009. Traducido del francés por Diana Luz Sánchez.



En la Patagonia, en Las Heras, con unos 20.000 habitantes, no se ve ni un árbol ni un pájaro. Tan sólo ráfagas de viento que soplan a 80 o 120 kilómetros por hora y balancines del petróleo. Los que allá trabajan vinieron de otras tierras, alejadas de miles de kilómetros. En Las Heras no había nada, ningún movimiento en las calles, ni un cine, sólo gran cantidad de bares tristes para hombres solitarios. Algunos de ellos hicieron venir a sus familias, después muchos perdieron su empleo. En los años que siguieron, hubo jóvenes que se suicidaron, y fueron tan numerosos que la prensa nacional se alarmó. Se escribieron libros sobre estos “suicidas del fin del mundo”³.

Desde 2007, los mediadores de una asociación, *Puentes Culturales del Viento*, viajan allá para abrir otros espacios, “espacios con orillas”, en sus propias palabras, con “muchas puertas y ventanas”: un café literario –y contaron a los adolescentes que se acercaron las historias de estos cafés en Buenos Aires, Madrid o Zurich; les mostraron fotografías; también talleres en los cuales se impuso rápidamente la necesidad de trabajar la relación con los lugares y con el cuerpo.

Para cada tema (el paisaje de la meseta, el viento, la tierra...), se pone en escena una sala para sugerir todo un universo. Para tener acceso a la sala, uno pasa un umbral un tanto iniciático, y luego cada uno compone su propio refugio. Se propone un conjunto de actividades que implican primero el cuerpo y la música, para facilitar la disponibilidad interna, y a continuación la palabra, con el apoyo de películas, videoclips, pinturas o álbumes. Siempre hay espacio para la lectura de textos literarios, como un disparador para escribir poemas, o para crear un clima, en diálogo con las imágenes.

Los talleres han sido diseñados “para mirar su propio lugar con el sentimiento de extrañeza que puede aportar la poesía, para ser sorprendido y descubrir matices insospechados en la vida cotidiana”. Múltiples sonidos, gestuales, imágenes, lecturas, puntuaron las sesiones. Por ejemplo, un día, en el taller del viento, se lee en voz alta un poema de la tradición oral *aymará* y se les propone a los jóvenes elegir uno o dos versos para elaborar su propio poema sobre el viento en Las Heras. El poema *aymará* habla del amor, los adolescentes se lo apropian para escribir y recomponer textos donde se trata, precisamente, de encontrar un lugar en el mundo:

³ Leila Guerriero, *Los suicidas del fin del mundo: crónica de un pueblo patagónico*, Barcelona: Tusquets, 2006, p. 40.



Viento majestad
¿Dónde está mi casa
Viento de tormenta
Llévame a mi lugar.

Más allá de este ejemplo argentino, estos talleres implementados en espacios en crisis se desarrollan sin pensar en una rentabilidad escolar inmediata o en resultados cuantificables. Los participantes experimentan la dimensión vital de la literatura y del arte, muy lejos de cualquier afectación. Textos, o fragmentos de textos, entran en su experiencia singular. No significa forzosamente que van a convertirse en grandes lectores, pero lo escrito ya no les provoca aversión, ya no les asusta. Les ayuda a plasmar en palabras su propia historia, a convertirse un poco más en sujetos de ella.

Después de unos meses, los que animan estos talleres observan que juegan un papel notable en una reconstrucción de sí mismo y de las sociabilidades, a través de procesos complejos. Desde luego no hay nada mágico, no reparan los desórdenes, las violencias o las desigualdades del mundo, pero se abre un margen de maniobra, autorizando un nuevo despliegue de las posibilidades.

La disponibilidad profunda de los mediadores, los intercambios poéticos y gratificantes, tienen aquí una importancia decisiva. También es fundamental la puesta en forma de relato de la experiencia propia: la posibilidad de obtener, por el desvío de un texto, una escenificación distanciada, metafórica, de lo que se ha vivido, reactiva el pensamiento, la narración interior y la conversación; y de esa manera, se transforman los vínculos con los demás. Sin embargo, la reconstrucción de sí pasa también por esta recomposición de la relación con los lugares que la incorporación de fragmentos de textos y el contacto con algunas obras de arte hace posible.

Para que el espacio sea representable y habitable, para que podamos inscribirnos en él, tiene que contarnos historias, tener todo un espesor simbólico, imaginario, legendario. Sin relatos –aunque no fuera sino una mitología familiar, algunos recuerdos contados–, el mundo se quedaría allí, indiferenciado; no nos sería de ninguna ayuda para habitar los lugares donde vivimos y construir nuestra morada interior. Aun más donde la tradición oral se ha desarticulado, donde falta la transmisión de las leyendas familiares (situación tan frecuente hoy día, particularmente entre poblaciones desplazadas), la literatura ayuda a reencontrar este espesor, a dar forma a lugares en los



que vivir, lanzarse y abrirse camino.

Por lo demás, lectura y morada están frecuentemente asociadas de manera explícita. Basta pensar en estos chiquilines que agarran un libro ilustrado y se lo ponen sobre la cabeza, como si fuera un techo. O en todas estas personas que dicen: “la lectura es mi país”, o “cuando leía, era como si me encontraba en una choza en un árbol”. La lectura está cercana al arte de las chozas. Y uno se construye a sí mismo.

Todos los vivíparos tienen su guarida, nos recuerda Pascal Quignard. Todos los vivíparos tienen su guarida y todos los humanos necesitan, además, el abrigo de una cultura –o de unas culturas. Gracias a los centros de promoción de la lectura por contribuir a esos momentos de transmisión cultural tan importantes. Y gracias a todos ustedes por su atención.

